

comunicación. Calvi, por su parte, plantea un examen específico de la epistolografía de la autora: es decir su participación, junto a un grupo íntimo de escritores, en la correspondencia colectiva del fanzine *El interlocutor Exprés*, entre 1992 y 1994. Como puntualmente subraya Calvi, Gaité intervino en la revista con un total de doce cartas: “todas escritas a mano y acompañadas casi siempre por dibujos y *collages*” (327). De acuerdo con la indagación de la especialista, en esta tipología de proyecto las cartas de Gaité realizan un acto generativo mediante palabras e imágenes, estimulando en los receptores reflexiones “sobre el significado de la literatura como representación” (328).

Cierran el volumen los últimos dos capítulos titulados “‘Una rama de perejil’: las cartas entre María Zambrano y José-Miguel Ullán”, y “La relación entre Carlos Blanco Aguinaga y Rafael Chirbes a través de su correspondencia”. Del primero, redactado por José Luis Gómez Toré, salta a la vista el enfoque ético-poético de las conversaciones que la filósofa entabló con su joven amigo. El artículo contribuye a esclarecer el pensamiento zambrano por medio de un diálogo lleno de empatía y admiración intelectual, del que se derivan consideraciones sobre la homosexualidad, la condición del exiliado y la vacilación ante la posibilidad del regreso. Álvaro Díaz Ventas, en el artículo final, se propone analizar los ejes temáticos que dominaron el carteo entre Rafael Chirbes y su maestro Blanco Aguinaga. Se centra asimismo en cómo la influencia de este último marcó la perspectiva literaria del futuro novelista. El grueso de la correspondencia examinada son *e-mails* guardadas por Chirbes a lo lar-

go del tiempo, luego impresas para contrarrestar el ovido al que estarían condenadas las “cartas digitales” (363).

Tras este repaso de los contenidos que jalonan el volumen, es posible afirmar que se nos revela como una obra de referencia en el campo de los epistolarios inéditos, cuyo análisis en torno al sentido y función de las cartas resalta por su rigor crítico y filológico. El rescate de estas fuentes documentales, sabiamente abordadas por los autores, se erige como una investigación valiosa, que ilumina tanto los procesos de la escritura autobiográfica como el concepto de autoridad literaria. En definitiva, *El valor de las cartas en el tiempo* supone un ejemplo de inteligente combinación de metodologías y perspectivas teóricas. Un libro fundamental, que demuestra el valor de estas aproximaciones dentro de los estudios de las literaturas del yo.

DOI 10.14672/1.2024.2487

María Teresa León; Rafael Alberti; Max Aub, *La amistad, patria de los sin patria. Epistolario inédito (1953-1972)*, edición, estudio introductorio y notas de Barbara Greco, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2023, 229 pp. ISBN 9788419791252

Antonio Candeloro
Universidad Católica de Murcia

En la primera carta que le envía a su amigo

Sidney Colvin, Robert Louis Stevenson, recién instalado en el pequeño pueblo de Vailima, en la isla de Samoa, afirma: “Nunca digas que no te ofrezco detalles y noticias. Esta carta es un cuadro”¹. De hecho, el autor de *Treasure Island* le ofrecerá a su corresponsal incluso un mapa del lugar que acaba de “conquistar” con el objetivo pragmático de poder ver mejoras concretas en su débil estado de salud. Como nos recuerda Masolino D’Amico en su recopilación personal de cartas de escritores admirados, *Epistolari altrui*, los epistolarios pueden convertirse en una herramienta fundamental para conocer al otro, para investigar el contexto vital en el que se han desenvuelto las vidas de los escritores que han dejado una huella tangible de sus experiencias personales a través de su correspondencia, además de para entrar quevedianamente “en conversación” con alguien que, ya fallecido, nos atrae o nos estimula a partir de sus obras literarias.

Es lo que podemos comprobar leyendo *La amistad, patria de los sin patria*, el epistolario inédito que María Teresa León, Rafael Alberti y Max Aub mantuvieron a lo largo de veinte años y del que Barbara Greco nos ofrece la edición crítica y anotada desde el 1953 hasta el 1972, año de la muerte de Max Aub.

Se trata de un epistolario extremadamente interesante y sugerente porque en este caso los destinatarios y los emisores de las cartas, intercambiándose los papeles, establecen una triangulación comunicativa

que nos deja entrar en contacto con los laboratorios de escrituras de los tres exiliados, siendo la misma condición de “expatriado” el eje común alrededor del cual irán girando muchas de las preocupaciones que compartirán entre sí.

Función de promotor oficial de la literatura del exilio en el papel de editor es la que desempeña Max Aub desde el inicio de este epistolario. Tanto con *Patria y Ausencia* como con *Los Sesenta*, Aub se empeña en promover y difundir la obra de los autores españoles que han dejado España, que se han quedado sufriendo el ‘exilio interior’ o que han seguido escribiendo sobre los traumas de la guerra civil desde el extranjero. Si *Patria y Ausencia* se presenta como una ideal biblioteca de autores españoles víctimas del exilio, *Los Sesenta* debería haber sido según Aub la revista expresamente dedicada a difundir la obra de aquellos autores víctimas “de la diáspora republicana” (11) y testigos directos de las atrocidades de la guerra civil española. Se trata de dos proyectos literarios a través de los cuales Aub lucha contra el olvido, sabiendo perfectamente que el clima ideológico contemporáneo no acompaña ni favorece un rescate histórico del pasado reciente en una España donde la censura franquista silencia los productos culturales que puedan poner en entredicho la *vulgata* de los vencedores. Sin embargo, ambos proyectos encuentran el apoyo inmediato tanto de María Teresa León como de Rafael Alberti: de ahí también la función de editor y puente estratégico entre España y México de Max Aub, quien recibirá la novela *Juego limpio* de León (luego publicada por la editorial argentina Goyanarte, en 1959) y poemas que Rafael Alberti enviará

1 Cfr. Robert Louis Stevenson (2022), *Carta a Sidney Colvin*, fechada lunes 2 de noviembre de 1890, en Masolino D’Amico (ed.), *Epistolari altrui*, Milano, Bompiani: 63-71 y 67 (la traducción del italiano es mía).

para los primeros números de *Los Sesenta* y que luego confluirán en *Roma, peligro para caminantes* (que finalmente aparecerá en México en 1968).

Es curioso comprobar también como esta lucha contra el olvido atañía también a los otros dos personajes que aparecen en algunas de las cartas de este epistolario. Me refiero a Aitana Alberti, la hija de María Teresa y Rafael, y a su novio Roberto Otero, fotógrafo y director de documentales sobre la guerra civil española.

En una carta de enero de 1964 Aitana le expone a Max Aub su idea de un nuevo proyecto editorial titulado *Testimonios olvidados de la guerra de España*: tras sus múltiples viajes entre Francia, Italia y Suecia, Aitana y Roberto imaginan un libro en el que puedan reunirse materiales literarios, historiográficos y visuales sobre el pasado reciente de España. La carta mencionada termina con esta pregunta directa de Aitana a Max (en 1964 la joven escritora tiene tan solo 23 años): “¿podrías contarnos en dos o tres páginas aquello que más te impresionara, aquello que más recuerdes de la guerra que viviste, ahora, luego de 25 años?” (65). La pregunta de Aitana Alberti resulta particularmente emotiva si pensamos también en el esfuerzo que, en ese mismo periodo, lleva a cabo traduciendo del francés la biografía que la hispanista Maurice Auclair le dedica a Federico García Lorca y que, finalmente, se publicará en español en 1972 en Ediciones ERA. Es como si, a pesar de la escasa distancia temporal de la tragedia caínica que determinará el exilio de sus padres, incluso las jóvenes generaciones necesitaran interrogar el pasado, divulgar la obra de los desaparecidos y contrarrestar el silencio al que el mercado editorial hispánico condena

a algunos escritores de ese mismo pasado reciente.

Es lo que volvemos a comprobar leyendo la carta de María Teresa León del 30 de julio de 1953 en la que la escritora no se censura a la hora de criticar ciertas ‘modas’ del momento: “Además, me revientan las novelas que contentan a los ingleses. Las que admiten un *mea culpa* republicano y echan una gasa de disculpas a las ferocidades de los otros” (42). En este sentido podemos afirmar que León es la observadora más aguda y explícita en este epistolario a la hora de enjuiciar lo que ocurre también en el ámbito editorial. En una carta de diciembre de 1954 se pregunta retóricamente: “¿Qué felicidad o qué solución para nosotros? Todo se aleja hasta borrar casi el límite de la esperanza”. Seguidamente y con amargura añade: “Las cuestiones de España no interesan, *madame*”, dando lugar a una cita que ella misma ya había utilizado en *Contra viento y marea*, de 1941, y que volverá a citar como si de un *ritornello* se tratara en el ya mencionado *Memoria de la melancolía*, como subraya Greco en la nota correspondiente (186, nota 33). Diez años después, en una carta del 24 de enero de 1964, León volverá a evocar la escena del “encierro” autoimpuesto de León Felipe y su marido dentro del palacio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas y se preocupa por el estado de salud de su amigo poeta, hasta llegar a reconocer que: “Estamos rotos por las bisagras del corazón. Pero alguien debe transcribir sus palabras” (62). Es un desiderátum fundamental y esclarecedor si queremos acercarnos a la obra de los tres autores del epistolario, además de a la poética específica de León: si el pasado es una región habitada por fantasmas,

obligación y compromiso ético del escritor es “transcribir” lo que alguien vio y vivió para dejar constancia de lo acontecido a los que no padecieron los mismos traumas colectivos. Es de esta carta de donde Greco saca el acertado título de su edición: “Los sin patria nos fabricamos una en el aire que se llama amistad” (63), siendo la amistad la fuerza que une el destino de los demás escritores que sufrieron un periplo parecido al de los Alberti y de Aub.

El exilio no implica solo una pérdida de las raíces y de las coordenadas espacio-temporales, no es solo un fenómeno colectivo y ligado a una generación concreta de escritores, sino que es también un enigma que, con el paso del tiempo, conlleva una pérdida paulatina pero constante de la percepción de la identidad de uno mismo. De nuevo, es María Teresa León la más hábil y atenta a la hora de auscultar el estado de ánimo compartido entre los tres. En una carta enviada a Aub desde Roma el 21 de agosto de 1964, María Teresa reconoce que “No sé ya mucho ni quiénes somos ni cuánto valemos”. El expatriado que es, al mismo tiempo, exiliado no sabe juzgar ni mirar con objetividad el valor literario que los demás le atribuyen o que, al revés, no llegará nunca a ver reconocido. En particular, María Teresa se queda sorprendida cuando acuden a su casa romana los jóvenes escritores y poetas españoles que los miran como “estatuas” de un tiempo definitivamente cerrado y clausurado en el pasado de la Historia de España: “Es un choque con una realidad a la que no sabemos hacer frente, gracias a tantas experiencias cristalizadas ante nuestros ojos y esa memoria del olvido que padecemos. No sé si nos quieren o no; no sé si nos han mitificado o mistificado, pero me

gusta ante ellos decir tu nombre y el de los otros españoles dispersos” (81). De nuevo, la obligación moral de “decir los nombres” de los “dispersos” se configura como uno de los ejes centrales de la poética de los exiliados. De nuevo, el contraste entre el presente y el futuro pone en entredicho el sentido de un pasado reciente que no pasa para los que, como León, sufren la “memoria del olvido” o tienen que encauzar adecuadamente esa misma fuente que brota de las memorias del pasado. De nuevo, es María Teresa León la que volverá sobre este nudo complejo y difícil de racionalizar en *Memoria de la melancolía* cuando, como pone de relieve Greco en la nota 103 (200), volverá a preguntarse: “¿Por qué me faltan las palabras clave para dialogar con ellos? No sé”. Sigue el reconocimiento amargo del abismo existencial que se abre entre los escritores del futuro y los del pasado: “Debo tenerles envidia por lo que tienen y yo no tengo [...]. Los chicos que nos visitan nos traen una juventud que vive para que nosotros coloquemos encima la nuestra, casi desaparecida. ¿Dónde sino entre ellos y nosotros va a ligarse la continuidad que necesita la historia?” (200).

Si la “continuidad” es necesaria para que la historia siga teniendo sentido y las generaciones del futuro sepan y conozcan lo que hicieron las generaciones de sus ancestros, el trabajo para intentar luchar contra el olvido será clave para dar sentido a ese mismo pasado inevitablemente traumático para quienes fueron víctimas de la guerra civil española. Y en pos de esa “continuidad” lucha Max Aub cuando, en los últimos años de su vida, se empeña en *Luis Buñuel, novela*, el enésimo proyecto literario destinado al fracaso en el que el autor se embarca con el fin de contar

de forma “tridimensional” y “cubista” la vida de su amigo a pesar de la enfermedad que no le da tregua: “Estuve bastante fastidiado”, le confiesa a María Teresa en una carta del 14 de abril de 1970, para luego añadir con ironía y guasa: “Estoy mejor. Trabajo como un demonio, tengo más melena que Rafael. ¿Qué es de Aitana?” (169).

Este epistolario inédito al cuidado de Barbara Greco nos permite volver a escuchar la voz de quienes vivieron el exilio como experiencia traumática y, al mismo tiempo, en cuanto condición necesaria para crear a pesar de la hostilidad y de las dificultades del que está condenado a vivir lejos de sus raíces. También se configura como herramienta de trabajo para seguir investigando en la obra de tres autores fundamentales de la literatura hispánica del XX. Y finalmente se presenta como ‘canto’ a tres voces sobre la necesidad de luchar contra el olvido. En este sentido, resultan particularmente emotivos los versos de la misma Aitana Alberti quien, en el poema *Mater Dulcissima*, llegará a entablar un diálogo imposible con su madre en los siguientes términos: “Eras una envolvente cercanía / una agua clara derramada sobre mi inquietud”². Esa misma inquietud es la que mueve la pluma de los tres autores de este epistolario y, quizás, la que mantiene intacto el valor ético de sus obras literarias. Quizás también esa inquietud sea la única forma de la que dispone el escritor para hacer que una carta se convierta en un cuadro, como quería y pretendía Robert Louis Stevenson.

DOI 10.14672/1.2024.2488

2 Cfr. Aitana Alberti (2023), *Abitare la solitudine*, prólogo, traducción y notas de Carla Pegugini, epílogo de Aitana Alberti, Pisa, ETS: 56.

Angela Moro, *Fuera de lugar. La representación del espacio en la narrativa breve de Max Aub y Ramón J. Sender*, Sevilla, Renacimiento, colección “Biblioteca del exilio”, n. 56, 280 pp. ISBN 9788419231727

Paola Bellomi
Università degli Studi di Siena

Fuera de lugar. La representación del espacio en la narrativa breve de Max Aub y Ramón J. Sender es el volumen n. 56 de la colección “Biblioteca del exilio”, dirigida por Manuel Aznar Soler. Lo firma Angela Moro, experta de literatura de la Guerra civil española y el exilio republicano y parte del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL).

El volumen está dividido en dos partes, tituladas respectivamente “Para no perder el norte: acercamiento metodológico” (21-44) y “Cartografías textuales” (45-246); la primera parte se compone de dos capítulos (“Un lugar marginal” y “El tiempo del espacio”), mientras que la segunda parte está organizada en nueve capítulos (“Un modesto deseo de exactitud”, “Gramáticas del realismo en Aub y Sender”, “En la orilla española”, “Concretar la ausencia en un mundo nuevo”, “El mito”, “De la representación a la presencia del espacio”, “Civilizados y errantes”, “La Guerra Civil a través del espacio” y “Colofón”). El volumen se cierra con una “Bibliografía” (247-276) amplia, completa, actualizada y extremadamente útil para futuras investigaciones.

El estudio parte de la tesis según la cual